

## ALDEA GLOBAL Y NACIONALIDADES: UN RETO PARA LA FE CRISTIANA

INTERVENCION EN EL ACTO DE CLAUSURA  
DEL EXCMO. Y MAGNIFICO SR. RECTOR DE  
LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS

**DON MANUEL GALLEGO DIAZ**

La aldea global es la imagen, feliz y rica en contenido, de un hecho sociológico que indica una época nueva. Es un aspecto del mundo único, con interacción e interdependencia crecientes entre todos los pueblos y personas, lo cual impone una política cultural postideológica de orientación pluralista globalizante. La aldea global es expresión de una conciencia universal que percibe y se hace cargo de nuestras responsabilidades y nuestra solicitud por los problemas de otros países. Como imperativo, como llamada desde los demás, como obligación de nuestra conciencia individual y colectiva, la aldea global es hoy una evidencia ética.

Son cada vez más los problemas, como la paz, el hambre, el medio ambiente, la sanidad, la educación o la cultura, cuya solución requiere decisiones que han de ser adoptadas a nivel supranacional con el consenso de todos los países. Por eso estamos asistiendo hoy a la búsqueda de nuevas dimensiones de convivencia en el contexto mundial, de una nueva identidad comunitaria que se dote de normas e instituciones adecuadas democráticas y supranacionales, lo cual está modificando ya la estructura de los actuales Estados. Esta nueva percepción del mundo implica un cambio de paradigma en cuanto que obliga a repensar y redimensionar todo, ya que al romperse toda clase de

fronteras, físicas, espirituales, conceptuales e incluso de sentimientos, quedan inservibles los viejos y caducos modelos de los Estados-nación occidentales.

Con todo, la aldea global no pasa de ser hoy una realidad problemática y heurística, una aspiración, una voluntad de unidad. Como concepto dinámico es expresión de algo en parte logrado y modelo estimulante hacia el futuro que hay que seguir inventando. La aldea global constituye un sistema de referencias complejo, en el que se superponen mundos muy diferentes.

Pero se manifiestan hoy al mismo tiempo tendencias y movimientos de sentido aparentemente contrario que buscan afirmar la identidad cultural, lingüística y religiosa de cada persona y de su grupo. A la afirmación de esta identidad que constituye el núcleo original de los nacionalismos no se puede renunciar. Pero esta doble tendencia a la unidad y a la diversidad lleva en sí un doble riesgo, pues o se produce un proceso de fragmentación, un mosaico de pueblos diferentes por su lengua, cultura, tradiciones, costumbres y prácticas religiosas que impide aspirar a la creación de un solo mundo, o se subraya una unidad superficialmente aproblematicada que en realidad tiende a eliminar la personalidad y el modo de ser de los grupos diferenciados.

Esta tensión entre la aspiración a una unión que se manifiesta como amenaza a la diversidad, y viceversa, la afirmación de la propia identidad que parece imposibilitar la apertura a unidades superiores, se plantea a diversos niveles: global o mundial; de continentes, como es el caso de la construcción europea; de Estados nacionales con tensión entre pueblos, culturas o lenguas distintas y su unidad en un Estado; o también entre una minoría o varias minorías dentro de un mismo Estado y la mayoría cultural, lingüística o religiosa de ese mismo Estado.

El término nacionalismo, además de poseer la ambigüedad de lo polivalente, está cargado de toda la historia trágica de nuestro siglo, pues las naciones han sido en muchos casos voraces, egoístas, brutales, agresivas y sin piedad. Hoy resulta inadmisibile el planteamiento romántico de los nacionalismos por suponer una construcción artificial, apta para la manipulación de los dirigentes de todos los grupos de cualquier signo político. Pero el problema de los nacionalismos, o de las nacionalidades, hay que situarlo, además de en sus raíces históricas, en su significación cultural y política. Sólo así podremos contar con elementos suficientes para una reflexión que abra el camino a soluciones no provisionales ni parciales, sino duraderas, situadas en una amplia perspectiva, basadas en el consenso de los pueblos y nunca en la imposición.

Los nuevos problemas están cambiando efectivamente viejas perspectivas y percibimos en los procesos históricos nuevas alternativas. Es un hecho que van desapareciendo y se van despolitizando las fronteras por la pérdida de

la importancia del Estado-nación, que va experimentando cómo se debilita su soberanía absoluta. Todo ello contribuye a disminuir el impacto y la incidencia de los grupos étnicos pues se va progresando hacia una multiplicidad de pertenencias que modifica la psicología, los sentimientos e incluso las acciones del nuevo hombre, que tiene que aprender a vivir al mismo tiempo la fidelidad a muchas lealtades sociales y culturales diferentes. Por otra parte, se está fomentando y desarrollando la cooperación transfronteriza, por el libre establecimiento de lazos culturales, sociales y económicos naturales entre poblaciones unidas por los lazos de la lengua, cultura y tradiciones. Se van poniendo en práctica así una conciencia y una pedagogía interculturales fundadas en el respeto a la dignidad de cada persona, en los valores espirituales y en el derecho a la libre expresión de los grupos minoritarios.

Nos encontramos, por tanto, en una situación de transición entre un sistema de Estados-naciones soberanos y la búsqueda de nuevas soluciones más coherentes con una concepción del mundo más solidario, preocupado por el bien de todos y por el respeto de la igualdad de todos los hombres. Igualdad que requiere el reconocimiento de la igual dignidad de las diferentes culturas históricamente basadas en elementos etno-lingüísticos.

El hombre, en su integración en su mundo étnico y cultural, ha de ser sujeto activo, no pasivo, de su historia, en la sociedad y en la política. Y lo mismo ha de decirse de los grupos minoritarios. Está claro que ya no podemos seguir pensando en un Estado unitario, sino que hay que pasar a un Estado compuesto de unidades más justas que impliquen todo lo que en realidad significa lo más profundo de una cultura federalista o autonomista. Es decir, a Estados que realmente sean constituidos por sociedades multiculturales en cuya cultura política, no necesariamente basada en una misma lengua compartida por todos los ciudadanos ni en los mismos orígenes étnicos y culturales, estén enraizados los principios constitucionales. La propia tradición nacional ha de apropiarse de tal manera que ha de ser relativizada por el punto de vista de las otras culturas nacionales. La cultura política ha de ser como el común denominador para un patriotismo constitucional que agudice simultáneamente la convicción de la multiplicidad e integridad de las formas diferentes de vida que coexisten en una sociedad multicultural. No se puede ignorar o eliminar la historia y la cultura de una parte del Estado en beneficio de una unidad parcial y falsa pero con la pretensión de ser la única.

Es preciso superar el Estado-nación en la búsqueda de un cambio de convivencia, en el respeto al derecho a la identidad nacional y en la solidaridad entre los pueblos, su interdependencia y sus aspiraciones a la paz. Una política en favor del pluralismo, de la instauración de una sociedad pluralista, no puede concebirse únicamente como un mal menor, sino como un verdade-

ro valor y como una realidad que hay que desarrollar, ya que se trata de la defensa de la persona y de los grupos minoritarios.

Además, cualquier principio, constitución universal, sistema de valores o sistemas políticos universales que afecten a toda la humanidad, han de encarnarse en la propia cultura, tradiciones, convicciones profundas y religiones de los pueblos, porque de otro modo no poseerán carne propia ni podrán hacerse efectivos. Aquí los nacionalismos, en su sustancia, deben ejercer unas función de diversidad, de encarnación y por ahí también de universalidad.

En la entraña misma de la fe cristiana —desde la fe monoteísta que proclama la unidad del género humano, la igualdad de todos, el carácter sagrado e inviolable de la persona, a todas las imágenes de la Iglesia como Pueblo de Dios, sacramento en el mundo o su misma catolicidad— está la aspiración al logro de una humanidad unida, reconciliada, en paz. La interdependencia, interacción, comunicación y cercanía, cada vez mayores entre todos los pueblos, nos obligan a ensanchar nuestra conciencia y a hacer una planteamiento de los asuntos más universal y solidario, a pensar globalmente, a una mayor sensibilidad y conciencia de los problemas de los otros, a la corresponsabilidad por los otros, a la responsabilidad, solidaridad y colaboración con todo el mundo. En esta dirección la Iglesia no puede olvidar tampoco el ecumenismo, su misión propagadora de la fe y su presencia en el mundo cooperando con otras Iglesias y con ONGs que promuevan los derechos humanos.

Pero, por otro lado, el cristiano no ha de ignorar el hecho de la imbricación de etnias, culturas ni los derechos de los grupos minoritarios. Pentecostés es la consagración de la diversidad de lenguas y culturas en la unión de un mismo Espíritu.

En un mundo plural, pero unido, precisamente por eso, se requiere de un “ethos” para la humanidad en su conjunto. Y hoy ese horizonte ético nos lo ofrecen los derechos humanos, situados en el plano de lo secular, como realidades autónomas. No necesitan de una legitimación cristiana ni se precisa de la fe para descubrirlos, ni para realizarlos, ni para morir por ellos. Son derechos para todo hombre, por tanto, para muchos que ni viven ni quieren vivir bajo el Evangelio. La fe ha de reconocer su autonomía y su secularidad.

Pero a la vez necesitamos de la razón iluminada por el Evangelio y guiada por el amor para ser responsables en la aceptación de los derechos humanos y de su realización. La fe nos ha de hacer más sensibles y penetrantes, más críticos respecto a nuestro egoísmo e inclinación a insistir en nuestro propio derecho a expensas del ajeno. Y ha de fortalecer la conciencia del propio ser y de los propios derechos para no abdicar en nombre de una paz

impuesta y en definitiva ficticia. El cristiano está familiarizado con esto cuando afirma que el hombre está creado a imagen de Dios, que todos los hombres son iguales ante Dios, que todos poseen la misma dignidad.

En todo este proceso los cristianos no somos líderes, somos colaboradores, pero no silenciosos, ni ausentes, sino activos. Y la Iglesia no ha de olvidar su tarea educativa, muy importante y muy valorada por los organismos internacionales en materia de derechos humanos.

Existen, por otra parte, experiencias directa y explícitamente religiosas, como la fraternidad, el saberse hijos del mismo Padre, o la reconciliación, de indudable peso político e incidencia en la construcción de la aldea global y en el respeto a las diferencias y distintas identidades. No dejan de ser experiencias humanas profundas que pueden ayudar a superar peligrosos obstáculos políticos. Experiencias necesarias además en sociedades profundamente divididas por enconados agravios históricos o recientes experiencias trágicas de dominación y de negación de los derechos humanos. Y para sociedades en las que el pluralismo creciente convierte en peligro la mera pertenencia a un grupo inmigrante con religión, lengua o cultura propias y diferentes.

**Manuel Gallego Díaz**